

A. A. O.  
que hacía pletta  
junto al fuego  
trenzando espantos  
y creaba magníficas espuestas

### LA PROMESA DEL MANUSCRITO

El periquito gorgoriteaba desde un tentáculo de la lámpara de pulpo del comedor. Esto me recordaba la frase favorita de un compañero de estudios cuando se aproximaban los exámenes: "Estoy más colgado que un perico." Así podía resumir mi situación. Había terminado la carrera pero no conseguía encontrar trabajo. Eran semanas de buscar en los periódicos, patear calles, rellenar currículos, pasar pruebas psicotécnicas y escuchar palabras de esperanza, que se difuminaba con el paso de los días.

No tenía dinero ni para comprar el alpiste del pájaro. Lo había sacado de su jaula para que sobreviviera cazando insectos o picoteara las migajas que quedaban esparcidas en la mesa.

Aquella mañana acababa de mojar uno de los cuernos del croissant en el café con leche, cuando mis ojos se quedaron enganchados en un pequeño recuadro de la sección "Pequeños anuncios":

#### "URGENTE.

Se buscan lectores de libros. Se paga por ejemplar leído o por horas. El trabajo se realizará en la biblioteca de la Juan de la Cuesta, 7. Ciudad."

Aparté el periódico y me quedé mirando, incrédulo, el asta atrofiada. De golpe, ésta se desprendió en plena taza y me puso perdida la única camisa que tenía: la camisa blanca de buscar trabajo. Aun así, decidí acudir con mis lamparitas intentando salir del túnel en que me hallaba.

A toda prisa me encaminé a la dirección indicada, con una carta de mi padre en el bolsillo de la chaqueta en la que me comunicaba que la vaca se había muerto. ¿Esta muerte tenía un significado físico o metafórico? No daba detalles.

Entré en uno de esos bloques uniformes, metálicos y acristalados que van engastando en las calles del casco antiguo. En los espejos de su fachada se veía, reflejada, la imagen troceada de un edificio modernista que aún resistía.

En una cámara frigorífica de acero inoxidable ascendí, en el umbral de la congelación, hasta el duodécimo piso. Llamé a la puerta 12-M. Me abrió un tipo vestido de gris de arriba abajo.

--Buenas, me llamo Andrés Iniesta, y vengo por lo del anuncio --me presenté.

--Pase --respondió el hombre de pelo gris.

Era una oficina de las que se alquilan por semanas, decorada funcionalmente: vinilo abundante, moqueta de poliéster en suelos y paredes, cuadros de serie, una mesa y un teléfono. Aunque suponía que aquellas cajas de bombones de cacahuete no venían todavía con personal dentro, aquel tipo parecía formar parte del conjunto.

El hombre del traje gris plantó una silla delante de la mesa.

--Tome asiento, por favor, Sr. Iniesta.

Me senté tratando que la corbata no dejara al descubierto las manchas de la camisa. Otro tipo, sentado al otro lado, me espeto al terminar de hablar por teléfono:

--¿Sabe usted leer?

--Bueno, he tenido que leer su anuncio para presentarme aquí.

Era bajito, con dos círculos dorados alrededor de unos ojos exoftálmicos, calvície incipiente, perilla de cabra y tez tostada (de tostador).

--Quiero decir si lee con algún método de lectura rápida, en diagonal, a saltos --puntualizó el señor "Tostada".

--No, a ras de página, soltando paja, que hay mucha. Soy licenciado en Ciencias de la Información parado, en avanzado estado de descomposición --me sinceré.

--Este es un trabajo temporal, cuya duración, en principio, no le puedo determinar. Depende del azar.

--Hago lo que ustedes quieran. Puedo bajar ahora mismo a buscarles un café, ir a por una chaqueta a la tintorería --llevaba una a cuadros horrible-- o hacer de chófer: tengo carnet de 2.ª. La luz de la reserva de papel de curso legal se me ha encendido, y a mi padre se le ha muerto la vaca, según dice --respondí acuciado por la necesidad.

--Puede servirnos --dijo, dejando a un lado la vaca de mi padre--, lo que nos interesa es la rapidez y calidad del trabajo.

--De qué se trata --pregunté--. Es el primer anuncio que veo con semejante petición, y puede crearme que he visto demasiados últimamente.

"Tostada" intentó hacerme comprender.

--Se trata de encontrar un párrafo insertado entre dos puntos y aparte, en uno de los libros de la biblioteca. No pertenece a ese libro. Ello será evidente de inmediato para un lector avisado. La seguridad de haber topado con el párrafo en cuestión la tendrá porque disponemos del principio del mismo: "La promesa de Cossio de devolver el manuscrito se encuentra..."

Estaban interesados en conocer el resto, dijo, y me hizo notar que había una errata en la palabra Cossio: tres eses seguidas.

--Sssiiiu... no estoy seguro de haber comprendido del todo --reconoció.

"Tostada" hizo un esfuerzo:

--Alguien, que no viene al caso, accedió a un documento muy importante para una tercera persona en cuyo nombre actuamos. Sólo ese "alguien" sabe donde está, aunque no lo ha robado. Por razones que se nos escapan, sacó uno de los libros de la biblioteca de la Diputación, desencuadernó una de sus hojas y volvió a componer el texto tras introducir, como un párrafo más, la información que nos permitirá encontrar el documento. La operación la ha realizado un verdadero maestro de las artes gráficas: ha respetado el tipo y cuerpo de letra, ha impreso la nueva página en el mismo formato, gramaje y calandrado de papel. La ha encuadernado otra vez en el libro y ha colocado éste en su estante. El problema es que no sabemos de qué libro se trata.

--Ya veo. Una broma pesada --dije, esperando que todo aquello no lo fuera--. ¿Y puedo leer los libros que desee? --Inquirí.

--No, disponemos de una relación de todos los libros de la biblioteca --y sacó del cajón un fajo de tiras de impresora--. Usted leerá los libros de las listas que le iremos suministrando --aclaró "Tostada".

El hombre con calcetines grises, sentado a mi derecha, dijo:

--Si es usted quien descubre lo que buscamos, aparte de su salario, recibirá una compensación especial de un millón de pesetas.  
Estuve a punto de tragarme la nuez y la cabeza se me puso tan caliente, de pronto, que las ideas me saltaban como palomitas.  
--No, no... no puedo estar más que de acuerdo --balbuceé como un idiota--. ¿Puedo empezar ahora mismo?  
--Por supuesto, aquí tiene la primera lista --"Tostada" me tendió una hoja--. Empezaremos por la literatura y la historia, donde presumimos que hay más probabilidades de éxito. Si no es así, seguiremos con la política y el ensayo, y, si fuera preciso, llegaremos hasta los libros de cocina y adiestramiento de perros.  
Me levante con mirada de sabueso y fui raudo hacia la puerta de salida, sin esperar más. ¡Horror! Había dos iguales, una al lado de otra. No quería dar una primera mala impresión a mis nuevos jefes intentando salir por el armario.  
"Lobo gris" me salvó:  
--Sr. Iniesta, antes tiene que firmar aquí y elegir la modalidad, por libro o por hora, marcando una cruz en una de estas dos casillas.  
Volví para rubricar mi primer contrato. Escogí por libro leído, es decir, a destajo; por hora no sacaba ni para la dieta del perro.  
"Tostada" me acompañó a la puerta, me deseó suerte y apeló a mi discreción. Al salir me di de bruces con otro aspirante al millón. Le llevaba una entrevistista de ventaja.  
En la calle, el sol había salido de nuevo o su luz era más intensa que cuando entre. Salí disparado hacia la "fábrica" donde sudaría mis primeros duros leyendo literatura. ¡Quién lo hubiera dicho!  
Hacia un par de meses que no aparecía por la biblioteca. Miquel se alegraba de verme, pensó, después de mi deserción. Se iba a quedar como un palimpsesto cuando le contara la historia de la búsqueda del párrafo oculto. Quizá podría ayudarme.  
Nada más entrar en la sala de lectura recibí un shock. Aquellas es-  
tanterías hasta el techo, con sus escaleritas de caracol, repletas de libros, que forraban las paredes, dejando apenas libre el hueco de las ventanas, cobijaban millones de páginas. En ese instante tuve la clara sensación que ganar aquel misero millón de pesetas era tarea de cíclopes con mil ojos fotoeléctricos.  
Desalentado, fui en busca de mi amigo. Cuando me estaba acercando vi, en el lugar que Miquel ocupaba habitualmente, a un cegato con cara de búho bonachón. Me recordó al personaje de español alelado y sediento de sexo que Alfredo Landa interpretaba en el cine hasta la muerte del abuelo.  
--"Alfredo", ¿dónde está el bibliotecario? --pregunté a "Landa".  
--Yo no me llamo Alfredo, señor --me respondió "Landa".  
--¿Seguro?  
--Mi nombre es Landa --mira por dónde--. Y déjese de historias. Yo soy ahora el bibliotecario --me cortó.  
--No puedo. Actualmente tengo que vivir de ellas. Para empezar puedes buscarme la historia de "La guerra de las Galias", y el resto de esta lista me los vas preparando. ¿No sabes dónde está Miquel?  
--No lo sé, nadie lo sabe exactamente --dijo mientras tecleaba como un poseso en el ordenador--. Todos no podrá ser, algunos están prestados.  
--¿Cómo? --se me escapó.  
--Esto es una biblioteca; el adquirir de videos es saliendo a mano derecha, pregunte por tamo. Aquí prestamos libros, pocos, la verdad. La gente no lee ni aunque paguen por ello --vaya hombre, pensó--. Que quiere que le diga, es decepcionante.

A pesar de cobrar por libro, cumplía rigurosamente el horario de la biblioteca. Era el primero en entrar cuando Landa corría el pestillo, y salía de los últimos cuando nos advertía, con un toque de campanilla, que cerraba en diez minutos. Sobre el paradero de Miquel siempre obtenía la misma respuesta: "Nada". Durante días y días, que no puedo precisar, estuve navegando con el capitán Akab, a la caza de Moby Dick; explore las entrañas de la tierra con el profesor Lidbrock; resolví el misterio de los asesinos de la rue

\* \* \*

---¿Ha desaparecido? No estará enfermo? ---insistí.  
---Uno de la Diputación, que le conoce, me comentó que de un día para otro había pedido el retiro anticipado y se había marchado a una isla --me informó el buho.  
¿A una isla? Los puntitos negros en el fondo de las gafas de culo de vaso de Landa acentuaron una impresión que tenía desde que había leído el anuncio: estaban ocurriendo demasadas cosas extrañas.  
Miquel Vidal era una persona rara para quienes no le conocían. Catalán de nacimiento, soltero y callado casi siempre. Le faltaban dos años para jubilarse. Su pelo blanco le daba un aire de sumo sacerdote en un santuario de libros ordenados religiosamente. Había leído una gran parte de ellos. Jugaba al "go" por correspondencia, pues nadie sabía en qué diablos consistía aquel juego japonés.  
Durante años su única queja, reiterada, fue que no se leía; le parecía una tragedia. A veces íbamos a desayunar juntos al Imperial. Como no hablaba mucho, yo me llevaba el diario para ir echando vistazos. Mi amigo podía leer más rápido al revés mi periódico, desde el otro lado de la mesa, que yo al derecho; aprovechaba aquel respiro para enterarse de lo que pasaba en el mundo. A las nueve, el café se ponía de bote en bote y la gente se sentaba donde podía. Cuando alguien venía a nuestra mesa, a Miquel le gustaba sorprenderlo con su habilidad, comentando anticipadamente las noticias.  
Un día estábamos el uno frente al otro, cuando vino a ocupar el sitio libre entre ambos un gitano elegante, peinado con brillantina y un anillo enorme de oro en el meñique. Miquel inició su exhibición lectora, y conforme fue avanzando empezó a crecer una mirada de recelo en los ojos del gitano.  
---Mira, Andrés --dijo, señalando una de las noticias del diario--: arrambló con la caja del ayuntamiento..."  
Al día siguiente pronunció un discurso contra las drogas. Al día siguiente sacaron a hombros de la plaza de toros de Alcantarilla, después de un ciudadano belga que se hacía pasar por diputado europeo lo El gitano miró a Miquel como si fuera un pitoniso.  
---Hay dos erratas chocantes en la 2ª columna, 4ª y 5ª línea --remachó: Islas Canarias cuando son exportados a la Comunidad Europea..."  
"Se producen animalías en la entrada de productos orinarios de las El faraón superviviente de la España caní terminó su café de un sorbo, se levantó y se marchó, pensando quizá que aquellos dos payos le podían robar la cartera.  
De estos pensamientos me sacó Landa cuando trajo el libro que le había pedido. En la sala había cuatro gatos. Podía elegir el lugar de trabajo. Fue hasta la ventana que daba al patio y me puse a leer.

\* \* \*

Morgue y descubrió la carta robada con el caballero Auguste Dupin; navegó hasta el estrecho de Magallanes con Pedro Sarmiento de Gamboa; participó en las aventuras del capitán Alonso de Aldana, el bachiller florentino Molist y el predicador Javier de Parrilla; viajó con Saint-Exupéry; viajó por España con George Borrow y Hans Christian Andersen; "David Copperfield", "Oliver Twist", "Canción de Navidad" (pensé que me darían las uvas allí); Galdós, Hemingway, Hesse, Baroja, Nietzsche...; "La familia de Pascual Duarte", "La colmena", "Viaje a la Alcarria"...; Martín Gaité, "Entre visillos", Carmen Laforet, "Nada"...

Empezaba a padecer fatiga mental. Algunos personajes abandonaban su historia y se colaban en otras, cambiando momentáneamente el curso de los acontecimientos y produciendo nuevas situaciones. A veces, sufría alucinaciones: las pestañas saltaban en llamas o los ojos se me quedaban tan secos como los de la calavera de Hamlet.

La rutina me hizo perder la noción del tiempo. Un letargo luminoso se encendía y apagaba en mis retinas cuando dormía: "La promesa de Cossio de devolver el manuscrito..."

¿De qué manuscrito se trataba? ¿Quién era "Cossio"? ¿Dónde estaba el documento que contenía la promesa de devolverlo? ¿A quién se le había ocurrido aquella rocambolesca idea?

"Cuidado, Andrés, que tu supervivencia depende ahora de ella."

"Sí, de acuerdo, pero ¿quién ha organizado todo este lío y por qué?"

"Para quién trabajan 'Lobo gris' y 'Tostada'?"

"Y a ti, ¿qué te importa? ¡Busca ese cochino millón, que buena falta te hace! Está esperándote entre las páginas de un libro. Tal vez lo tienes al alcance de los dedos, ¿quién sabe? Sigue adelante..."

Landa nos dio el primer campanillazo. Levanté los ojos y percibí la neblina densa de un cuadrilátero de boxeo sobre las mesas de la biblioteca; parecían sumergidas en la atmósfera cargada de múltiples partidas de póker de un antro clandestino. ¿La campana volvió a sonar, o era una alucinación de fumador de opio?

Sali a la calle y respire tan hondo que debí agotar el oxígeno en un palmo a la redonda. Los títulos de la lista que llevaba entre manos tenían todos una marca roja al lado. Ello quería decir que al día siguiente no tendría material. Miré el reloj: eran las 7.55, si me daba prisa aún encontraría a "Tostada" y a "Lobo gris" en el cubo de acero inoxidable. Traté de animarme. ¡Más madera!, me dije.

Cogí el primer autobús y me derribé en el único asiento libre. A la parada siguiente, una anciana subió con un terrier escocés, con el pelo de la panza hasta el suelo; al caminar parecía arrastrar una alfombra con una cadencia. Se puso delante de mí, metió el felpudo entre mis piernas y, sin mediar palabra, me exigió descaradamente que le dejara el asiento, argumentando su edad. Yo estaba muerto.

--Perdone que no me levante --me disculpe.

Acababa de leer las "Memorias de un amante sarnoso", y le solté a la vieja el epítafio que Groucho Marx dejó escrito para su tumba.

El terrier pareció no aceptarlo y empezó a ladrar peligrosamente cerca del centro de gravedad. Se me hizo un nudo en la garganta, en medio del alboroto, así que, para prevenir males mayores, me levanté como un caballero, bajé e hice el resto del camino corriendo. Llegué por los pelos: "Tostada" estaba echando la llave.